

GILBERTO OWEN

Novela como nube



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN
Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN
Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

Novela como nube

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D.F.

Diseño de la colección: Patricia Luna
Ilustración de portada: D.R. © Andrea Jiménez

ESN: 4987512102913802193



Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

Índice

I. Ixión en la tierra 5



II. Ixión en el Olimpo 43



I

Ixión en la tierra

1, sumario de novela

5

Sus hermosas corbatas, culpables de sus horribles compañías. Le han dado un gusto por las flores hasta en los poemas: rosas, claveles, palabras que avergüenza ya pronunciar, narcisos sobre todo. Ernesto marcha inclinado sobre los espejos del calzado, sucesivos. Se ve pequeño. Su tío tiene razón: siempre será sólo un niño. O poeta o millonario, se dijo en la encrucijada de los quince. Un camino quedaba que daba a la parte media de la colmena, pero esto no quiere decir que la burocracia sea para los zánganos.

Pequeña teoría y elogio de la inercia; datos estadísticos de los crímenes que evita. Un acróbata que caía, sin fin, desde aquel trapecio. Se quería asir del aire. La atmósfera en un cuadro que representara cosas de circo, sólo podría resolverse mezclando almíbar a los colores. Su

6 amigo el ingeniero del ingenio le reprochaba el ser lampiño. ¡Qué triste! No poder comparar en un poema las delicias de rasurarse con la estancia en Nápoles. Pero ¿quién no ha leído a Gide? “Non point la sympathie, Natanael, l’amour”. ¿Y quién lo practicaba? Sócrates, Shakespeare... Tantas Desdémonas en lechos de posada, tantas Ofelias en los estanques nocturnos.

Una se ahogó en su ojo derecho. Tendrá que usar un monoclo de humo de Londres para ocultarla. Ladrar del viento policia, investigando asesinatos líricos. A la luna la mató Picasso en la calle Lepic, una noche del mes de... ¿de que año?, del siglo XX. Aquel profesor de historia que refería: “día y noche, bajo los rayos del sol, los ejércitos...” La mala música del señor Nunó, fuerte como un trago de alcohol; los mismos resultados, alcohol o música, bebido, oída. Le decía: asómate, amiga, a mi balcón del 15 de septiembre. Y Ofelia se caía siempre al mar de la calle. Era muy torpe, la pobre, para entender las lecciones,

y la pólvora no iba a sostener eternamente la varilla del cohete. Vidas paralelas, profesión de cohete, amores con las señoritas de la clase media. Cada vez que su cielo amenazaba borrasca, encendía uno, como hacen los agricultores. 7

2, el café

Ya está cerca el café. Ahora el Ojo, como si Ernesto estuviera viviendo en verso, en esos versos antipoéticos del señor Hugo, tentándole al remordimiento. ¡Pobre Ofelia! Todo por la aversión de Ernesto al paisaje suburbano, resuelto en manchas de colores opacos, pastosos, y, en el calzado, de lodo. Y por saber ya cómo terminan todas las películas, y por tener amigos —¡qué horribles compañías!— que le leen sus comedias antes de estrenarlas.

Su preferencia por ese café. Mana una luz, aparte de la metafórica, que se llueve de los espejos y sale a borbotones, por puertas y ventanas, a las calles sordas y apresuradas, ferrocarriles sin

8 freno y sin fin hacia los campos. Pero la ciudad ha tomado pasaje de ida y vuelta, y en vano esperará el borracho el paso de su cama, y se tirará en la acera, recibiendo sobre su cansancio la burla del duchazo de luz.

Presiente que el que ría al último no encontrará ya justificación para su risa; recuerda una máxima popular de tan citada: “reír antes de ser feliz, por miedo...” ¿Aquí, también, el miedo? No; engolfarse en el vacío gustoso, olvidado de ella, la suburbana, y de sus cavilaciones de postimpresionista.

Un mozo tira la luna llena sobre la mesa. El hastío empieza a derramar sobre el techo la leche embotellada en el cigarro. Si las frutas están en la cornisa, el salero estará lleno de azúcar. Se adivina el paso del Padre Brown. Pero los botellones no están llenos de vino, y los vasos son unos pobres vasos comunes que inmovilizan su ancho bostezo hacia arriba. Hechos de agua sedienta, esperan que el Moisés de su mano toque la roca de cristal del botellón.

Saludos. Sus brazos infinitos, como las luces de un faro, guían a los remeros de las mesas, rebaño incuestionablemente descarriado. Sus miradas untan de amor todos los rostros conocidos. No simpatía, Natanael, amor. Pero allí está la réplica del Ojo, por Ofelia: —¿Y aquella muchacha, en los suburbios? ¿No, mejor, abandono?— Leve discusión. Su principal argumento: —Su casa es un búngalo tan feo. Y luego: —Si robarle a ella este amor, si el agrarista gesto de irlo repartiendo entre los indiferentes vecinos va aumentándose, fortaleciéndose, cabeza de hidra en proporción geométrica creciente.

3, *Ofelia*

Ofelia, donde las casas no están ni en la ciudad ni en el campo. Cada diez minutos el terremoto del tranvía la hará salir a la ventana, como arrastrada, como empujada por un torrente de luz. Se habrá dejado la cabellera de algodón, de muñeca francesa, que le aburre a él tanto. Una vez

10 le agradó durante cinco minutos, cinco minutos durante los cuales estaba él comunicativo y se lo dijo. Parecerá un juguete, un objeto decorativo, un cuadro de Marie Laurencin, lo mismo: la chalina en un hombro, desnudo el otro. Tendrá flores en las manos. Querrá que la besen, y en el rostro blanco y redondo sólo resaltarán, brillantes, los ojos y la boca. Será sólo como un beso rodeado de leche.

Todos los que ahora bajen en aquella esquina tendrán para la esperanza de Ofelia el cuerpo de Ernesto, su manera de andar, sus ademanes de cansancio un poco exagerados. Muchos se dirigirán a la ventana y, viéndola tan abierta, no faltará algún audaz que la salte a robarle aquella sombra chinesca de finas curvas, que ensayarán, sobre la pantalla de los visillos, el temblor de él predilecto. En este instante, de seguro, ya la habrá perdido, ya se la habrán robado sin remedio.

4, la aparición

11 Lo mejor es tenderse, cruzados los brazos, ante el rompecabezas plástico de ese descompuesto, como por el olvido, por la lente poliédrica del botellón, allí enfrente. La nariz, bajo la boca, en lugar del cuello. Tiene, aislada, un valor definitorio independiente; sensual, nerviosa, de aletas eléctricas como carne de rana en un experimento de laboratorio. Dos pares de ojos, en el lugar de las orejas, le brillan como dos aretes líquidos, incendiados. Así serían las joyas de la corona, hechas con los ojos coléricos de los mujiks rebeldes. La frente es todo el resto de la cara, multiplicada su convexidad por la del cristal de la botella.

Mujer, raro ejemplar despedazado del tronco indogermánico... Ernesto le haría un discurso elocuente, pero sin embargo de la deformación esta que se la ofrece fragmentaria, como una víctima de la cólera preconstitucional, está seguro de poder reconstruir puntualmente ese rostro femenino. La ha visto antes. En alguna

parte con árboles y con horizontes profundos, contra una marina crepuscular, él le hizo una cofia con un poco de espuma y, hábil dentista, le incrustó diamantes de sonrisa entre los dientes menudos y fuertes. Ahora está viéndolos, hacia la mitad del botellón, como un anuncio conocido de dentífricos.

La voz de sus amigos. Viajan de Wölfflin a Caso, en un mariposeo ecléctico verdaderamente punible. Merecen quedarse en Caso para siempre. Sugieren hipótesis sobre la futura colisión de lo oriental y lo europeo sobre campiñas perfumadas de folclore, arrulladas por él dentro de la cuna que le hacen los dos brazos solícitos de la Sierra Madre. Agrias escenas de la guerra ruso-japonesa con acompañamientos de guitarras y fondo del Popo y del Izta, las pirámides de San Juan y ruinas de conventos churriguerescos. Tema para los autores de corridos. Problema futuro para nuestra peregrina dirección de Antropología, deformadora de cuentos de hadas.

Y Ernesto por los cerros de Úbeda. Pero Dios es grande y esa mujer no lo es tanto. Le parece de talla mediana, precisamente como la que anda buscando por su memoria, alumbrándose con la linterna-botellón.

5, espejo hacia atrás

Sí, esos cabellos rubios, ahora recortados, fueron juguete suyo una vez. Estaba él convalesciente. Un permiso, un mes íntegro de la renta paternal. Muchas horas, dos días de ferrocarril. Alimentación metódica, aire, sol, aburrimiento. Los médicos de la ciudad recomendaban el campo; los rurales las diversiones citadinas. Era un partido de tenis, sobre la red ferroviaria, y los enfermos obedecían sin resistencia su destino de pelotas.

Aquel médico le aseguró que las excitaciones le matarían, bilioso ex habitante de Pachuca, y se empeñaba en que no pensara, no peleara y no amara. Lo tranquilizó por cuanto al últi-

mo mandamiento, pues sufría su primera crisis misógina por entonces, pero se atrevió a argüir, con mucha modestia, la dificultad del primero.

14 Aventuró su opinión de que equivalía a prescribir un tedio terapéutico. No, nada de literatura. A lo mejor lo declaraba loco, o neurasténico al menos, aquel médico peligroso. Acató sus fantasías, por peregrinas que le pareciesen, y se fue a buscar diversiones como de niño a una playa lejana. Escenario de sus primeros ensayos arquitectónicos, no sólo sobre la arena de la playa. Sobre la del alma también, pues entonces edificó un pequeño sistema filosófico que luego ha olvidado. Una ola se lo borraría.

Crepúsculo de los cinco sentidos. Y esta misma mujer, una tarde, ante el Pacífico todo amarillo como de tanto verse en él los chinos que infestaban el puerto. El mar, viejo barítono, ocultaba en el bolsillo de su verdiamarillo chaleco de fantasía la moneda del sol, jornal de todo un día de trémolos guturales. Ya en el fondo de los ca-

fés y en los almacenes y en las callejas profundas estaban encendiendo las lámparas, y todavía la luz amarilla del crepúsculo andaba jugando con él por la playa, por las casas de la orilla, que se ponían lívidas al verla bajar por los despeñaderos mortales del promontorio, y trepar a las palmeras más altas, y dormirse, incauta, “haciendo el muerto”, sobre las olas falaces, que fingían mecerla, acariciándola, para comérsela luego, como al sol. Noviembre olía a su día de muertos y todo el yodo marino no bastaba a apagar las llamas de cirio que eran, alargados e invertidos, los corazones y las bocas en forma de corazón de las mujeres que se tendían, pesadas de pensamientos cotidianos, melancólicos, sobre las rocas y las bancas del paseo. Y las rubias, que eran las más letradas, sabían que en noviembre las tardes tienen que ser de lo más amarillo, y, para lograrlo, se peinaban frente al mar hecho trizas.

Y había muchas que cantaban para adentro las canciones más en armonía con el paisa-

16 je, que seguía siendo un estado de alma a pesar de tantas escuelas de pintura posteriores, y algunas suspiraban con suspiros densos, pesados, sujetos a las leyes de gravedad, que se alzaban un poco, géiseres hirvientes, para caer en seguida, como cosas de fundición de metales, al mar espumeante. Hasta hacía un poco de frío, pero esto no contradecía la realidad artística del espectáculo, y el ruido de los corazones desenfrenados, mil ochocientos y tantos, no permitía oír las cosas bíblicas que predicaba el mar mogólico, monosilábico y tartamudo, y los recuerdos más pavorosos ensordecían y cegaban como un viento desalado; y no había nadie que pensara en el porvenir, nadie que quisiera leerlo en las estrellas que iban asomándose, componiéndose antes el tocado, como novias pobres, en los pedacitos de espejo de las olas.

Y era algo muy grave y muy triste aquello. Era la agonía de los cinco sentidos. Porque también los dedos se habían agarrotado y se habían

vuelto insensibles, envueltos en el guantelete duro de aquel frío insólito, absurdo, que nadie quería explicarse, y los dientes mordían el fruto amarillo de la tarde, que era de ceniza, y se mascaba el aire vanamente al decir palabras insípidas, sin sentido. Y, como el paisaje, el alma de esta mujer, pequeñita, sentimental y lastimosa, y por contraste al paisaje su figura, que era la primavera adelantada.

6, *Eva*

Ahora, esbozado ya el fondo, le es muy fácil reconstruir por completo ese rostro. Toda esa mujer y el prólogo de una historieta interrumpida y olvidada. Ella alza un rostro que comprueba sus hipótesis, pero ya no es necesario. ¡Eva! ¡Ah, sí, Eva! E... V... A. Nombre triangular y perfecto, con perfección sobria, clásica. Agradable de pronunciar, cuando se alarga la E y se saborea la V como uno de esos besos que son mordida también.

Bueno, aquella tarde, ante el Pacífico... ¿Qué estaba pensando? Ah, sí, la agonía de los cinco sentidos, y esta mujer pequeñita y sentimental, y sus cabellos entre los dedos, largos de nerviosos, del convaleciente. A esa hora se abre una glándula, de función más bien patológica, que segrega romanticismo. A esa hora todo está tremendamente exagerado. Bajo la soledad exaltada del crepúsculo agrio, los tenores dicen las cosas más inocentes —¿Me presta usted su lumbreeeeee?— exagerando los trémolos del falsete. Los jóvenes se gritan por teléfono esas cosas incendiadas que hasta en el interior de los cines están mal. Se presiente, que si pasara por la playa un sacerdote, lo haría hisopeando a diestra y siniestra. Esto quiere decir que Eva sentía la necesidad de prometer algo para siempre, desfalleciendo y entrecerrando los ojos. Naturalmente, lo que juraba y quería que se le jurara era un amor que no sentían.

Lo improvisaron eterno, y él llevó su com-

placencia hasta improvisar, también, una historia suya increíble, para no llegar con las manos vacías al festín de las confidencias. Ya no recuerda si fue la anécdota que le supone nacido en el mar y llamado también Sindbad, o si repitió simplemente la que mayores éxitos le ha dado, aquella que le fruncía el entrecejo para que se leyeran en él cosas de gambusinos y filibusteros. Ella le confiaba la suya con música:

“...soy de tierras muuuuuuy lejanas
soy de San Luiiiiiiiiis Potosí”,

para el arranque, y por lacrimoso epílogo le aseguraba tener marchita el alma y el vino melancólico. Pero a pesar de sus devaneos por el campo, sembrado de trampas, de las canciones vernáculas, su relato tenía demasiada hilación para ser verídico. No era siquiera verosímil. Probablemente Eva tenía, además, imaginación. Cambiaron de juego, sin embargo, porque a él

le pareció de pronto —¿por qué?— que eran muy viejos amigos ya, hasta un poco parientes.

20 ¿Por qué? Se le había acercado un momento antes:

—¿Pinta usted, señor?

No tuvo fuerzas para negarlo, porque ella lo veía. Confesiones estéticas de una burguesa: le gustaba la pintura, pero sólo entendía, un poco, de música. Le parecieron ingeniosas estas vacías palabras. Llegó a atribuirle cualidades fabulosas. Creyó ver en ella, sin motivo, el mirlo blanco: una mujer mexicana con sentido del humor. Acaso le parecía que no lo había dicho en serio. Era seguro.

Se prometió hacerle un retrato y desquitarse exagerando un poco ese rasgo: —¿Pinta usted? Resultaría la más impura, la más literaria de sus pinturas; bueno ¿y qué?

7, sus manzanas

Como se llamaba Eva, le confió que a la patrona de su nombre, vieja ya, demasiado pingüe

ya para seguir ejerciendo alegremente de modelo para pintores, la conoció una vez en California, dueña de una finca empacadora. Pero no fue de Eva, fue de sus manzanas de lo que Ernesto le habló.

21

Que poseía la más valiosa colección. Que sabía el arte de ordenarlas, armonizándolas en una escala de sabores, como las teclas de un piano que se oyera con el paladar; y que tocaba en él sinfonías como Des Esseintes en el suyo de licores. Le contó también que tenía algunos ejemplares visiblemente apócrifos. Que las de Atalanta y las de las Hespérides, por ejemplo, no eran de muchos quilates. Y que Manzana de Anís no era más que un nombre y un poco de tono menor. Habló de Ceylán y del Paraíso terrestre y de sus manzanas venenosas, que guardan las huellas de unos dientes. Pero le dijo también que tenía una manzana, fruto que tentará a los hijos de nuestros hijos, y que esta manzana era en realidad un puñadito de humo, una sombra de manzana, una nube en

forma de manzana o de Juno, postre cumplido para la generación que, ya sin dientes por la alimentación sintética que los haga superfluos, sabrá saborear como es debido los olores.

Y para que no fuera Eva a atribuirle una significación ética —la moral, qué divertida a los veintitantos— le explicó que la edad de oro de los sentidos, que floreció en la Babilonia del tacto, que decayó con el predominio de músicos y pintores, sólo volverá a ser en el mundo, un momento, con la hegemonía del olfato, para extinguirse luego para siempre. ¿A qué venía decirle todo esto? Probablemente porque aquella tarde a Ernesto le parecía evidente la muerte de todo lo sensual.

Ella le oía sin asombro, aceptándolo todo posible, natural, acaso porque no le interesaban esas anécdotas. Le interesaba el amor.

8, *su lexicología*

Bueno, el amor, precisamente, no. Tenía demasiado, o le atribuía Ernesto gratuitamente, el

sentido de la ironía, y por sabia que hubiera sido no se habría podido llamar Eloísa nunca.

Hay personas que siempre parece como que hablan con faltas de ortografía. Por correcta que sea su pronunciación, un cronista fiel no resiste al deseo de llenar sus pláticas de cacografías al transcribirlas, o, simplemente, al describirlas. Otras, los diputados, sobre todo, los políticos en general, hablan sólo con mayúsculas iniciales, intercalando muchas palabras entre comillas, espaciadas y subrayadas. Es también una manera de modestia, un modo de lograr que todas pasen inadvertidas.

Otras aún —de éstas, Eva—, dicen palabras que necesitan, cada una, de un asterisco, para explicar al margen la significación esotérica especial que tienen, en su boca, en cada caso.

No sólo las palabras: cada ademán, cada gesto, cada suspiro. Cuando decía “amor”, por ejemplo, se le dificultaba a Ernesto el sentido de la frase. Entendía a veces “aventura”, muy po-

cas “sacrificio”, las más “economía doméstica”. Después de todo, ¿se parecía a Elena, tan poco a Ofelia!

24 Sigue una laguna en su recuerdo. No es el silencio acompasado del sediento que bebe, sino el del que nunca hubiera tenido sed, o temiera tenerla. ¿Qué rabia! ¿Por qué acataría aquella vez las prescripciones del médico? Un día futuro, aún con Elena, contra toda la medicina. Tendría que echarle la culpa a la crisis misógina, no muy sincera, que creía padecer. Su desesperación, al otro día, cuando desapareció Eva del hotel, de su vida.

Ahora, allí enfrente, se acentúa su parecido con Elena. Peor para Ofelia, la suburbana. Como lo natural es que no le recuerde, o finja no recordarle, él está seguro de que sucederá exactamente lo contrario.

Si se atreviera.

Pero sus amigos se creen escuchados por él. Se quedarán confusos si ven que le recorre

un escalofrío, el de los encuentros peligrosos, y que esta descarga eléctrica tiene su relámpago de cabellos amarillos en la mesa vecina.

Querrán explicaciones. Él no puede darlas, 25 porque la historia no es, para él, airosa. Se estremece. Imagina las burlas futuras. Sí, queda el expediente de la mentira, pero le sobra pereza. Mejor esperar. ¿Qué? Lo que sea.

La seguirá a la salida, un amigo providencial lo presentará, cualquier cosa.

9, el espionaje

No. Tendrá que seguirla. Siempre, siempre, por más que quiere evitarlo, la ironía de sus amigos —¡pero qué espantosas compañías!— al verle salir, inconsciente, fascinado, tras la pareja. El mozo guiña un ojo, cuando le paga de más, creyéndolo ebrio.

La calle le parece desierta, deformada, redonda, en su centro la pareja, como cuando se avanza con un farol en la mano y uno se siente

inmóvil, y uno siente que lo que se mueve es el círculo de luz que lo conduce en su centro.

26 Pero no está desierta. Un automóvil le viene a demostrar, ruidosamente, que bien se puede nacer para hongo, que bien se puede nacer para genio, y, errando la vocación, dedicarse a víctima del tráfico.

Los hombres se deslizan a su lado rápidos, tan nocturnos, tan cabizbajos, disfrazados de poemas de Poe. Se respira densamente el heroísmo de ser hombre.

¿Tan cerca de su casa vive Eva? Nunca lo hubiera sospechado, y le parece mágico.

Y luego se queda en la noche con ese sentimiento trágico de la vida que tienen los perros callejeros que se aficionan a un noctámbulo y lo escoltan hasta su casa, y sufren la tremenda injusticia de un portazo en el rabo. Continúa en él, vicioso masoquismo, el de seguir en pos de algo, de alguien.

Irse tras la noche a conocer sus escondrijos

de minutos, vigilarla paso a paso, ruido a ruido por la ciudad, por el campo silencio a silencio, por el cielo estrella a estrella.

Y la amargura de sentirse despierto y desbordado de cosas profundas, agua negra de las cisternas, hermana bastarda del agua nieve de los volcanes, en esta noche tan igual a la otra, en un puerto, ante el Pacífico, como si viviera el mismo momento, pero en los antípodas, Eva ya tan lejana.

Su confianza, al otro día, en el amigo providente que le presentará a Eva; no puede faltar, está seguro de que asistirá a la cita telepática que va dándole en cada esquina, en cada bar, en cada iglesia; de pronto saldrá —¿quién, quién?— de cualquier casa, y le invitará sin preámbulos a presentarse a Eva.

Hasta supera su timidez, más bien su desinterés en la vida, que llenaba antes de lógica sus sueños, sin permitirle ser nunca, siquiera en ellos, el protagonista, y con una mala fe terri-

ble le asignaba siempre papeles de comparsa, de servidumbre a lo sumo. La vence. Ahora va, de noche, por la calle, y mira a Wallace Beery asaltando a un hombrecillo indefenso y ridículo, Chaplin, quizá. Ernesto lo defiende con heroísmo; el hombrecillo, que se descubre ser el esposo de Eva, le dice que renuncia a ella y se la da, sabiendo su amor, agradecidamente. O hace erupción el Popocatepetl, y ella y él, los únicos supervivientes, tienen que encontrarse por fuerza y se aman eternamente. Nada.

Nada ese día, ni el siguiente, hasta el sábado, preñado de maravillas.

10, el sábado

La tarde del sábado, al principio casi vacía, bostezo contenido de la siesta, cielo descolorido, casi blanco, que poco a poco va coloreándose. Sólo flotan en el aire delgado aspiraciones sencillas: pasear por una plaza de pueblo, oyendo la serenata del brazo de Ofelia; estar casado, tener

hijos y ser asmático para roncar tan recio, tan recio, que, por la noche, se reconozca en él, Ernesto, por su manera de roncar, al hombre más prominente del pueblo, al que tiene la respiración del pueblo a su cargo. Ser presidente municipal...

Luego la tarde se transfigura, ensaya colores, se va llenando de cosas milagrosas; los inspectores del tráfico, los carrillos redondos, serios en su función pueril de inflar el globo de colores de la tarde, soplando sobre sus mismos brazos, molinos de viento. Alberto Durero que hace de las suyas, dibujando sus monstruos pueriles en el esqueleto metálico de un inmueble que no se acabará de construir nunca, contra el poniente enrojecido. La tarde, como esas muchachas que se ruborizan queriendo ocultar una hemorragia inesperada, y es como si la sangre les llenara todo el rostro, todo el cuerpo. Alguien, vestido de azul, el único sin manchas de sangre, se columpia, suavemente, en una nube

atada de dos pararrayos, como una hamaca de púrpura.

30 Y Ernesto siente un terror muy preciso de perder el recuerdo, libro aún no leído, de Eva. Su solo recuerdo es ya algo tan femenino, tan femenino, que no resistirá al deseo de estrenar uno de esos trajes magníficos que está realizando, en su barata, el crepúsculo, y se le convertirá en un estrato para írsele por sobre el bosque de lanzas con que la ciudad va componiendo su rendición de Breda.

Un cine abre su refugio engañoso, como la boca de un pez grande en espera de que se acerquen los chicos. Ernesto, encandilado, dando excusas a diestra y siniestra. Por fin. Un sitio vacío. ¿Vacío?

—Señorita, perdóneme, mil perdones, por poco...

—Usted habría salido perdiendo, mire.

No ve gran cosa. Acaso un sombrero, retirado con presteza, y un alfiler tremendo en el

sombrero; pero ya no se usan. Da las gracias, confuso, mientras un escalofrío le tiembla, unánime, en la frente y en las piernas.

Le fatiga demasiado la penumbra, con esta mujer, abstraída, a su lado. Es un vaivén desesperante el de las variaciones de intensidad de la sombra, como un oleaje; la semioscuridad se le acerca inmensamente, pero ella se rebate, violenta, como una buena nadadora contra la corriente, yéndose, con su mirada, a la pantalla, asiéndose, para alejarse, a cada ráfaga de luz.

11, el encuentro

Tan suya, esta mujer; ya sólo el tener los dos las manos en el barandal, le parece a Ernesto estar los dos la mano en la mano. Empieza a reconocerla, viendo ya un poco más.

Los hombres de la marimba lloran sus cosas absurdas, inclinados, atentos, como mecanógrafos escribiendo al tacto un amparo para que se

deje en libertad a las corcheas prisioneras en el pentagrama.

Cree decirlo en voz baja:

32 —¿Te acuerdas de aquel camino, desde el tren, vigilado por los gorriones?

Es una asociación de ideas natural, pero ella no se acuerda de aquel camino, y se revuelve despertando. ¿De qué país regresará? Ernesto prefiere no saberlo, y para no saberlo se obliga a no mirar hacia la pantalla. ¿Cómo remediar ahora lo impertinente de su observación? Haciéndola, muy finamente, el principio de una plática.

Con tal de que los vecinos no protesten. Hay muy pocos que no estén, cada uno, demasiado en sus cosas. Ella le mira extrañada, pero nunca con mayor sorpresa que la de Ernesto mismo: ¡Eva!

Eva empieza a hablar; le informa de que no tiene por costumbre dirigir la palabra a los desconocidos, de que no se llama Eva, de que no recuerda a Ernesto. ¿Todo negativo?

No, porque también le pone al corriente de que el día ha sido azul, de que le aburre la ópera, y de que cuando se ve la luna nueva basta gritarle el nombre de alguien para que esa persona nos sea fiel todo el mes.

33

No sufre una gran decepción al enterarse de que no se trata de Eva. Comprende que, si hubiera tenido tiempo de formarse un ideal de ella, tan olvidada hasta ahora, hasta la otra noche, esta mujer encarnaría su ideal. A Eva le hubiera sobrado el recuerdo, alfiler presente en cada poro, que le hubiera impedido acercarse a ella, como lo hace ahora, con el ademán seguro del que corta una fruta en el propio huerto.

12, film de ocasión

Eva segunda —bueno, más bien Eva tercera, la primera Elena— le dice más: es casada y su marido es Otelo; pero —¿cómo se llama?

Empiezan los dos, la mano en la mano, como en un truco de míster Keaton, un viaje que va des-

de la caseta del mecánico hasta la pantalla. Empezan pequeñitos, del tamaño de la película, para llegar al lienzo con estatura el doble de la real.

34

Y se entran en una primavera sólo de luces y de sombras, como enmudecida por aquella carencia absoluta de color; así tendrá que ser toda primavera vista, a través del recuerdo, desde el otoño que ahora termina. El paisaje cuadrado tiene un primer término con césped y bancos y un fondo de árboles verdaderos pero como llenos de noche, sin un amarillo de hoja seca, sin un verdiamarillo de hoja tierna. Y sin embargo, es de día, el mediodía casi. O todo se ha desteñido o Ernesto sufre un acromatismo exacerbado, como el alma incolora de su amigo Xavier.

Inicia un diálogo de amor, concienzudo, entusiasta e inelegante, en que la primavera sale de los ojos de ella como de los de Ernesto ha salido ella misma, un momento antes.

Se sigue una marina muy sencilla. Puede pintarse con sólo tres brochazos paralelos; en la

primera franja, la más clara, se escriben muchas V V V V decrecientes, cifra de las gaviotas, y en la de en medio basta recordar que el mar valúa en mil emes de espuma su oleaje; luego sólo falta esparcir estatuas de sombra por la playa. Esos frutos que se dan en Mack Sennet y que nos llegan de California en los mismos empaques de los perones y de las películas: Thelma buscando el cenit, hecha una escuadra, y Elsie el nadir, plomada que cae, sin remedio, desde el trampolín de una boya; y Eva, su Eva, que ignoraba el problema arquimédeo, cree indispensable asustarse al resolverlo, gritando *¡help, help!* en vez de *¡eureka!*, con amargos gritillos de gaviota. Otras hacen arqueología, suponiéndose hallazgo para los sabios imberbes, hundidas en la arena como estatuas pompeyanas semidesenterradas de entre las cenizas. La emoción romántica está a cargo de dos buques lejanos que se cruzan, en lo irremediabilmente opuesto de sus rutas. Y Ernesto, en un rinconcito del paisaje, escribe su nombre

35

sobre la arena con el gesto de un pintor que, ya terminada, firma una marina.

36 Cabalgando la ola número setecientos, Eva se acerca a Ernesto, naciendo de la concha líquida como una venus muy convencional, inmensa, y le entrega un carné con su nombre, su dirección y el número de su teléfono, que es una procesión de cisnes: 2222222. Abajo se leen, en una letra menudita, más detalles exactos: peso: 557 kilogramos; altura, 16 metros; temperatura normal, 360 grados centígrados; dote probable, 10 millones, ¿de qué? nunca sabría su patria.

No tiene tiempo de protestar contra la superchería de decuplicar las cifras, porque el paisaje se les va de las manos, absolutamente, y se encuentran del brazo en el *hall* de un hotel cosmopolita, donde los franceses se dejan birlar la amiga, ante la indiferencia calva y miope de los alemanes, por los norteamericanos que bailan mejor que los salvajes más salvajes; un inglés

consulta su *baedeker* y un portugués termina la tarea iniciada el día anterior, firmar en el libro de registro del hotel. Ernesto y Eva se tiran en uno de esos divanes envidiables que no soportan las casas decentes por su aspecto tan de cama de posada.

Empieza a admirarle la constancia de esta mujer que, tan sin pestañear, le sigue en su viaje inmóvil, y sospecha un momento que no sea Eva, que sea verdad lo que ella le ha dicho, ya que los proverbios la quieren voluble.

La mira un poco agradecido, con enternecimiento, y no puede resignarse a tomar sin ella el transatlántico del día siguiente. Lo difícil es que no hay camarotes disponibles, pero todo lo arregla su vieja amistad con el capitán, rotundo, sanguíneo, obeso neoyorquino de quien se murmuran pestes.

Dejan en la calle, como quien dice, a ese lord anguloso y a su hermana, maupassantina y lánguida *miss* Harriet, que protestan, la mano en

el pecho, con ademanes melodramáticos, por la invasión.

38 Esto es delicioso. Ernesto es el paniaguado de aquel ser rechoncho y magnífico que, Dios y el mar aparte, tiene más poder sobre el universo por ahora.

Por las claraboyas de babor, Eva y Ernesto se hacen señas, desde sus camarotes respectivos, sobre la admiración de los delfines y de los tiburones, que escoltan el barco en pos del beso que se caiga, por mala puntería, en el intercambio carmesí y arrebatado de la señorita del 15 y el señor del 13. El señor del 13, no le cabe la menor duda, es él; pero, además del número, a él se le conoce por el título, un poco largo, de “el amigo del capitán”.

Luego la Atlántida: a Platón se lo contaron, pero Ernesto lo está viendo. Los buzos —esos esgrimistas tomados con cámara lenta— dejan a bordo su personalidad y, todos idénticos, como en una bella época clásica, trabajan en las

mismas cosas con el mismo estilo y semejantes ideas. Pero ¿es éste un transatlántico o un barco de pescadores de perlas?

Denuncia indignado aquel escamoteo de nombres, pero Eva le explica que naufragaron y que esta mala cáscara los ha recogido. Ella, además, le está muy agradecida, porque la salvó de una muerte segura. Su proximidad le ha abierto más los ojos, ya demasiado grandes, y le ha dejado un temblor muy fino entre los labios, como una fruta madura y cristalina que fuera a la vez el cielo, constelado de estrellas.

13, notas de policía

Señor, Señor, ¿por qué nacería Ernesto en una tierra tan meridional? Comprende que todos sus actos giran en torno del amor, que la mujer está presente en todo lo suyo, eje de todas sus acciones. ¡Siente en este momento unas ganas tan verdaderamente dramáticas de besarla!...

¿No ha aprendido aún que aquí, por fuerza, terminan todas las películas? Ese murmullo, de aplauso o de protesta, pero siempre de satisfacción, de descanso, con que una multitud saluda el fin de algo.

Para los demás lo será. Presiente que para él apenas empieza, ahora, una realidad extraordinaria: Hay un hombre delante de ellos. No sabría decir cómo es. Pero es El Hombre.

Está allí, ante ellos, gesticulando. ¿Desde cuándo? Desde el principio del mundo, le parece. La mujer, al lado de Ernesto, ha lanzado un grito que él no se atreve a definir.

Su pensamiento recorre, hacia atrás, las distancias más remotas. Pero a la realidad presente no penetra, como si el hombre este se hubiera detenido precisamente sobre el umbral de uno de esos minutos que sirven a los historiadores para iniciar una época.

Es tan claro lo que está sucediendo, que no lo entiende. Son las cosas demasiado diáfanas

las que no se ven, aire, cristal, poesía. Ésta la sentimos en cómo nos humedece los ojos; el aire en cómo nos los seca, Góngora, su pañuelo. Lo que ahora ha llegado es la tragedia, demasiado claramente, y sólo la reconoce, sin verla, en que su máscara le impide respirar, como si la sota-barba se le apretara, ineludible, a su garganta.

Ese hombre durará una eternidad, ahí, inmóvil, mudo. Lo reconoce Ernesto. Es el que acompañaba a esta Eva segunda en el café; maquinalmente hace un inventario de todos los pequeños gestos hostiles, de todas las miradas sesgas que le lanzó la otra noche, desde cuando sólo la veía a través del botellón hasta aquella larga, ya decididamente enemiga, del segundo antes de cerrar el zaguán. ¿Cómo no lo advirtió hasta entonces? Algo brilla en sus manos.

Ernesto siente algo ardoroso, incendiado, como el índice de Dios —y Su Ojo, en los de ese hombre, como un espejo ustorio que recogiera todos los pecados de toda la vida de Ernesto, y

los proyectara, ardientes, en un solo castigo—
que le toca el rostro, quemándose.

42 Después, muchos siglos después, cuando lo
ha entendido ya todo, oye el disparo...

Verá mañana, en los periódicos, si supieron
los otros con exactitud lo que ha sucedido... ¿Se
ha apagado otra vez la luz?

II Ixión en el Olimpo

14, nacimiento

43 Al despertar, queda abrumado por el peso de
tantos recuerdos de su sueño, más grávidos aún
por el desorden, que los hace apretarle, desequi-
libradamente, en sólo algunos trechos de su me-
moria. Piensa Ernesto que antes, quizá la noche
le serviría para ordenar lo vivido, el día para
ordenar lo soñado; pero ésta ha sido una noche
polar, de muchos meses, en los que ha soñado
sin descanso un solo día largo —sin lagunas de
sueño— como un viaje de Ashaverus que hasta
Josafat no se detiene.

Le queda un pensamiento divino, evolucionando como un león enjaulado por los dos hemisferios de su cerebro, describiendo mil veces cada vez el signo de ese infinito que entrevió en su sueño. Y una sed dolorosa de tenderse sobre su carne, de reposar en el ejercicio de sus

cinco sentidos, tan olvidados ahora que puede ver sin sus ojos, tocar sin sus manos abandonadas, muertas, sobre las sábanas. ¡Qué descanso oírse el corazón, en su sístole diástole olvidada, ensordecedora! Debe de haber cerca un reloj, porque junto a su pulso sin rienda se oye otro isócrono e intachable. O será el corazón indiferente de alguien que vela junto a él. Quisiera abrir los ojos, pero le contiene el temor de no poder hacerlo. ¡Qué lástima para el que ahora le vela si lo sorprendiera en un estéril esfuerzo de levantar los párpados, que deben pesarle como nunca! Esa mano que abre los ojos de todos los muertos, qué bien le haría ahora, recién nacido, ahorrándole este esfuerzo a que no se atreve.

Debe de estar, supino sobre un lecho muy duro, más blanco que las sábanas. Sus manos —no adivina su posición— estarán rígidamente asidas a ese lienzo de seda cuyo contacto le regala, desde su despertar, con un placer que nunca, ni cuando las pasaba por dorsos femeninos, en

su otra vida, había experimentado. No adivina el gesto de sus brazos, pero de sus dedos sí sabe que, deteniéndose mucho en cada milímetro del lienzo, pasan y repasan, deliciosamente, los millones de celdillas que responden con un temblor acorde, perceptible tan sólo para sus nervios nacientes. Y este temblor le va haciendo recordar las imágenes impuras que poblaban su vida anterior al gran sueño que acaba de abandonar y que fue, éste, una cuaresma huérfana de mujer, de amor, de tristeza.

Será una mujer la que le vela, porque el olor de su sexo triunfa sobre la asepsia de hospital que le envuelve como podría envolverle, en el vacío, la nada. Es como si en la tiniebla más honda subiera a él, desde un estanque, oblicua, la luz de una estrella muy roja, o mejor muy verde, con ese verde pútrido de los pantanos. Recuerda el olor de otras mujeres, los sábados, cuando con las cbelleras húmedas sobre la espalda, junto al grito de blancura que eran, en la estancia hogareña, las

ropas que planchaban, le hacían saborear el inocente licor de lo único limpio que gustaría, después, en la noche sabatina, que al encenegarle los sentidos sólo le dejaba incólume el olfato. Ellas, las nocturnas, le reprochaban luego, desconcertadas, preguntándole si amaba por las narices.

¿Y si se habrá quedado ciego? Debiera ver la franja morada de cuando, en la luz, se cierran los ojos. ¿O estará la habitación a oscuras? Qué dolor nacer en la noche y qué incompleto nacimiento el de aquel de cuya madre no puede decirse, literalmente, el giro de los cronistas de sociales: “dió a luz”... Mejor seguir como está ahora, sin atreverse a nacer antes de tiempo, respetuoso de esta hambre suya de gozar, íntegramente, el tesoro que va reconquistando. Cuando sea el día, y esa mujer se bañe de luz, enmarcada en la ventana, Ernesto alzaré, sin apresurarse, la otra ventana de sus párpados. Pero su primera mirada será para sus brazos, cuyo gesto no puede, no puede imaginar. Lo intentará mañana, bajo la luz.

No, mejor ahora: estarán tan blancos sus brazos que podrán destacarse en la más densa de las sombras, resaltando su blancura sobre la de las sábanas... Mas ¡ay!, que su primera mirada, la que él destinaba, limpia, para sí, se le ha dado larga, untuosa, ciñéndola como un brazo, a la mujer que se inclina sobre él y dice, fatigada, un monosílabo saludable:

—¡Ya...!

15, Elena

Es Elena, la reconoce Ernesto fácilmente; en su otra vida tenía un bigotito castaño, a la inglesa, que daba la medida exacta de la boca de Elena; pero afirmaba, en un cumplido exagerado, que cuando dejaba de afeitárselo crecía hasta el tamaño de cada uno de sus ojos, del mismo color que los suyos, pero más largos y anchos y como congelados; o a Ernesto se le parecería porque las lágrimas tardaban mucho tiempo en llenarlos, en tanto que las de él devoraban kilómetros.

En aquellos tiempos, por la noche, el elogio prefería siempre irse a los ojos, acaso por falta de otra medida de lo vivido cada día. O sería que él se había propuesto ser poeta lírico, profesión melancólica, elegante y, a pesar de ello, estoica, hecha de la constancia en renunciar a los datos exactos del mundo, por buscar los datos exactos del trasmundo. Él se entiende. El caso es que parecía que cada día vivido iba agrandándose más, llenándose cada vez más de las dulces cosas del mundo, y era muy grato, para medir lo vivido, inclinarse a contar las estrellas que cabían cada noche en los espejitos gemelos, que tenían una fosforescencia lechosa, como la del cielo de la ciudad, cuando llueve. Y para que Elena lo permitiera, era indispensable la argucia previa de un elogio tendencioso. Luego que, como era su novia, le interesaba saber lo que había hecho durante la jornada, y más que en sus palabras, erizadas de interrogaciones, lo leía él en sus ojos, que por una

repartición equitativa del trabajo habían contraído la obligación de responder siempre.

Era fácil: cuando los ojos le crecían hacia los lados, era que había coqueteado un poquito con los vecinos; y, si para abajo:

—Tú has pensado en cosas trascendentales hoy, Elena, y eso no está bien, te envejece.

Un día supo, así, que había llorado. Se azoró; si tomaba la costumbre... Porque el llanto, Ernesto lo sabía, no es una cosa natural, sino un arte, de aprendizaje más o menos laborioso, pero ineludible. Dicen de algunos que nacen llorando, pero Ernesto no lo creía; era improbable, a no suponer cierto entrenamiento uterino, dirigido de peregrina manera por esas madres muy sentimentales, muy sentimentales, de *Corazón de Amicis* en vez de órgano cardíaco. Fue entonces, también, cuando conoció él el tiempo que tardaban las lágrimas en llenar sus pupilas y, como a pesar de sus discursos pedantes lloró con ella, la mayor velocidad de sus propias lágrimas.

¿Por qué no le extraña verla junto a él? Ernesto acaba de nacer, sin hipérbole, ante sus ojos, pero también ella nace ahora, con todo el universo, para él. Y le parece que han crecido paralelamente, por floración espontánea, como esas plantas de los países tropicales que les enseñaban en la escuela.

Desfallece, fatigado de la atención sostenida, del nacimiento súbito de toda su memoria. Cierra los ojos, que sólo ha tenido abiertos un instante, y regresa al sueño, muy hijo pródigo.

16, lecturas, retratos

Elena ha terminado su cuestionario de hoy, muy corto acaso en consideración de lo débil que está Ernesto aún, y se ha retirado a un rincón a coser y a responder con los ojos. Rosa Amalia ha terminado una relación que él no ha entendido, y ofrece ahora:

—¿Prefieres que te lea el periódico o este libro?

Él ya está acostumbrado a no entender las palabras de la hermana de Elena, atento a gozarse en el timbre de su voz. Desde hace muchos años se ha dado cuenta de que no dice nada interesante —demasiado frío y lógico, demasiado sutil todo y rebuscado— entregada a un inconsciente afán de ponerles música a todas sus palabras; lo había advertido también en su correspondencia: páginas interminables escritas como en papel pautado y con signos musicales y, al final, casi siempre en la breve posdata, lo único que deseaba, verdaderamente, decirle. En los días lejanos del noviazgo con Elena, Rosa Amalia, menor dos años, terciaba algunas noches en la plática, de la que todos salían entonces con una fatiga espiritual y física que era, en la boca, como después de haber mascado chicle durante muchas horas. Era, le parecía a Ernesto, el pájaro y el jardín y los amantes en aquellos idilios deslucidos en los que sólo debía haber sido, siempre, la hermana de la novia, como en los versos cursis.

Con su voz dulce, delgada, está leyendo las grandes letras negras en que el periódico dice sus cosas graves, pesadas, más negras que las letras. El mundo le llega a Ernesto empequeñecido, primero, por la mezquindad de los sucesos, y también regocijado por la modulación con que Rosa Amalia colabora. Llega a parecerle una zarzuelilla de aires populares agradables, pero incoherentes, en una trama pésimamente urdida. Los editoriales quisieran hablar con voz ronca y solemne sus discursos incontestables, pero es muy eficaz alambique el que se retuerce de los ojos a la garganta de la lectora y salen de él destilados en un dulzón aguardiente folletinesco, en que la cuestión social es una frágil señora entretenida y los hombres que sobre ella disputan unos simpáticos comediantes que representan sus papeles de bajos y de tenores, de héroes y villanos, con una fácil cólera de teatralidad insospechable. ¿La tragedia? Deben haberse equivocado en el formato, porque la dejaron olvidada, confun-

dida hasta en su redacción, entre las noticias policíacas. Allí aparecería —¿hace cuánto?— una pequeña nota que regocijaría a sus más estimados enemigos, aquella mañana que Ernesto no vivió. Pero ¿cómo habrán dejado ese poema entre los anuncios de ocasión?

A un lado cose Elena. Ernesto la interroga; sus ojos responden que sí, que sí está pensando en el tío Enrique, que allá en el Real está ahora ganando un dinero que ni siquiera es para gastado por un hijo de él y de Elena.

Vislumbra Ernesto que su figura podría resolverse en chorros, en corrientes caídas de luces y colores. Está la cabellera bermeja, sin acabar de caer nunca, con sus oleadas de barro torrencial, sobre los hombros redondos y perfectos; y en la confluencia del entrecejo los ojos alargados unen sus aguas azules a la de las cejas, para seguir por el recto acueducto de la nariz, rosa de agua de luz de amanecer. Y lo mismo pondría su técnica esta para el cuello, para el descote, para ese brazo

abandonado sobre la rodilla, ahora que ha dejado un instante de coser, con la mano detenida en su caer por un fenómeno gemelo del que inmoviliza, en el invierno del Niágara, estalactitas de hielo.

De cuando en cuando Rosa Amalia interrumpe su lectura —y es entonces cuando Ernesto recuerda que está leyendo— para ponerle un rápido comentario sin importancia, que él finge aplaudir con su zurda sonrisa. La luz del sol, colándose por la persiana, cuadricula la figura de Elena, haciéndole a él recordar los modelos de sus lecciones de dibujo, en la escuela de este pueblo.

¿La ama todavía? ¿Le amó ella alguna vez? Le extraña el verla, como si no fuera ella, de perfil, en el espejo del ropero, porque le parece increíble que éste pueda reflejar otro rostro que el suyo, que ya era en él como un cuadro, inmóvil y eterno, que no se borraría ni cuando dejara él de mirarlo. Era aquel ingenuo narcisismo superficial anterior a su salida, hijo pródigo, de este hogar de su padre, del tío Enrique después, en don-

de entonces no había más mujeres que las viejas criadas que habían conocido a “aquella que él no osa nombrar”. Pero volvió a la hora precisa de la Biblia, y le irrita esta infidelidad de su espejo, tan insospechada, que quién sabe qué rostro reflejaría ahora si Ernesto lo mirara. ¿A quién se parecerá con estas vendas? ¿A Apollinaire? Si siente una necesidad casi física de saberlo, pero si pide un espejo se reirán de él las dos muchachas; si se acercara Elena... en sus ojos, como antes.

17, el ángel Ernesto

Baja los párpados, pero no para pensar en sí mismo. No podría. Unos pasos de mujer que se alejan distraen demasiado, pero más el ruido de escoba que hacen dos suelas de goma; son pasos firmes, varoniles, que hacen un rumor progresivo de noventa centímetros más cerca cada vez; sin la precaución de las suelas de goma, quedarían impresas en el piso de cemento del corredor sus huellas; ya está en la puerta; es el ángel Ernesto,

un ángel que pesara, como los de Poussin. ¿Qué, decía la imposibilidad de pensar en sí mismo?

56 Si es él mismo quien aparece, un poco avejentado, pero más fuerte, sano, sonriente, bajo el dintel. Es Ernesto a los cincuenta y tantos años: ¿cómo había vivido, tan sin memoria, aquel adicional cuarto de siglo? Es él quien sonrío a alguien que está recostado en la cama, con una cicatriz en la frente, y lo saluda y lo besa, llamándole hijo; el otro no contesta y finge dormir, porque no se resigna, perezoso, a ser actor en una comedia en la que se le había reservado butaca de sueño tan cómoda.

Se ha quedado un poco sorprendido, además, viendo con los ojos entrecerrados que no ha cambiado casi, ni su traje es, en manera alguna, extravagante; de corte sobrio, eso sí, de colores oscuros, como corresponde a su seriedad de hombre muerto. Se afeita la barba y las guías del bigote son moderadas. Pero quizá lo que al otro le admira es la fortaleza de minero, la energía que preside todos los ademanes del

ángel Ernesto. Ahora lo está viendo con sus ojos apagados, hundidos; pero, aunque se le parece, comprende que no, no es de su raza; su mirada es molesta, impertinente: ¿su hijo?, había que ver.

57

Inicia una reprimenda, pero desde luego comprende la inutilidad de hablar desde arriba a un ser tan pobre, tan débil. Le hablará mejor dulcemente. No por piedad: los hombres de la raza del ángel Ernesto ya la habían matado un día, en un desierto muy septentrional que aborronaron con su sangre para ver alzarse una selva de hierro y de cemento armado.

El ángel Ernesto habla a Ernesto, y éste comprende que en realidad es el compañero de aquella que él “no osa nombrar”, la que tenía las manos más dulces del mundo, y que se fue una tarde al piso de arriba a cruzarlas sobre su seno; a él lo llevaron a verla, blanca, pero el espejo de sus ojos se había empañado inefablemente, con el lienzo de los párpados encima, como las gasas negras que pusieron después en todos los de

la casa. Y él ya había aprendido que los espejos sólo lo son cuando nos miran. Recuerda que su padre la amaba más aún que a la mina, más aún que a los partidos de beisbol, y que en su despacho la habían eternizado viendo sin ver, desde el trasmundo, asomada a su ventana de oro.

El ángel Ernesto le mira con su mirada más dura, y le habla de un pasado vergonzoso, y le dice que está a punto de cometer una deslealtad con el tío Enrique, y que su futuro será infame. El ángel Ernesto no sabrá de piedad, pero el deber, en cambio, lo conoce al dedillo. Y después de todo Ernesto es el ruin, el malo, el que sólo lamenta ahora, en vez de su pecado, no haber aprendido a tiempo el lenguaje que hablaba aquel retrato; si ahora lo supiera, qué fácil le sería convencer al ángel; renunciaría a ello, sin embargo, porque recuerda que la única vez que vio emocionado el ángel le pareció tan ridículo como Hércules con las vestiduras de Omfalia, y esto le hizo llorar.

Además, ya sabe el secreto de la fingida dureza del ángel, que es su manera de cordialidad. El que ha echado callo en el corazón es él, Ernesto, que, débil, se sabe la fortaleza de la hipocresía y va a empezar a mentir dentro de un momento, cuando acabe de soñar en aquel retrato. Pero, en su honor, sólo dirá mentiras necesarias...

18, unas palabras del autor

Me anticipo al más justo reproche, para decir que he querido así mi historia, vestida de arlequín, hecha toda de pedacitos de prosa de color y clase diferentes. Sólo el hilo de la atención de los numerables lectores puede unirlos entre sí, hilo que no quisiera yo tan frágil, amenazándome con la caída si me sueltan ojos ajenos, a la mitad de mi pirueta. Soy muy mediano alambrista.

Diréis además: ese Ernesto es sólo un fantoche. Aún no, ¡ay! Apenas casi un fantoche. Perdón, pero el determinismo quiere, en mis novelas, la evolución de la nada al hombre, pasando por

60 el fantoche. La escala al revés me repugna. Estaba muy oscuro, y mi lámpara era pequeña. Algunos recomiendan abrir las ventanas, pero eso es muy fácil, y apagar la lámpara imposible. Siento no poder iluminar los gestos confusos, pero “no poder” es algo digno de tomármelo en cuenta.

Ya he notado, caballeros, que mi personaje sólo tiene ojos y memoria; aun recordando sólo sabe ver. Comprendo que debiera inventarle una psicología y prestarle mi voz. ¡Ah!, y urdir, también, una trama, no prestármela mitológica. ¿Por qué no, mejor, intercalar aquí cuentos obscenos, sabiéndolos yo muy divertidos? Es que sólo pretendo dibujar un fantoche. Sin embargo, no os vayáis tan pronto, los ojos, de este libro. A mí me ha sucedido esta cosa extraordinaria:

He estado, de noche, repasando un álbum de dibujos. Por el aire corría el tren de Cuernavaca, en esa perspectiva absurda que se enseña —a mí no me cuenten, que se enseña— en las escuelas de pintura al aire libre. Y cuando lo miraba más

y más intensamente, llegó hasta mi cuarto, aguda y larga, la sirena de un tren verdadero. A mí me sucedió esta cosa extraordinaria.

Voy a usurpar un minuto los ojos de mi muñeco, porque él está encerrado, para hablaros de Pachuca, donde está la casa del tío Enrique. 61

19, Pachuca

En las escuelas de Pachuca, ¡qué fácil será entender que la tierra es redonda! Pero no cóncava, sino convexa, y que la naranja lo es vista desde adentro, la otra mitad el cielo. Todo el pueblo se ha hundido por el peso del reloj central, que cada cuarto de hora inicia una canción demodada. Esta música, a la larga, llega a pesar más que la torre misma. Se llega de noche y nunca se sabe, desde el balcón del hotel, dónde termina la tierra y principia el cielo, lo mismo de cargados de luces o de estrellas. Por el columpio de las calles se mecen, sonámbulos, unos cíclopes que llevan en la mano, para mayor comodidad, su

ojo único, luminoso y redondo. En la noche, sólo ellos y los gatos, que los hombres vulgares no se aventuran ni cien pasos por las veredas falaces; ellos sí, que al salir ya se saben a salvo, con el paracaídas de luz en la mano, y por eso son ellos los únicos clientes de las tabernas nocturnas.

Para los demás habitantes se han hecho las farmacias y las dulcerías, allí tan numerosas. Se ha previsto el exceso de susto y derrame de bilis: de noche, el temor a caer en una mina profunda; con la aurora —¡el sol!, se dicen los habitantes: que no lo vean los mineros, pues abrirían un pozo en el cielo. Y se ponen, unánimes, a soplar contra el oriente el humo de las chimeneas, para velar un poco el oro celeste. Muchas veces han estado a punto de ser sorprendidos en esa actitud de vientos de la antigua cartografía, en una larga fila temblorosa.

Después ya no pueden disimular su azoro en todo el día y en la primera parte de la mañana se equivocan invariablemente al comprar o al vender, al administrar justicia, al hacer el amor.

El reloj también se equivoca. Tiene que corregir, cada quince minutos, recomenzándola al infinito, el principio de su cancioncilla.

El cielo, en otras partes más que un océano, allí es sólo un pequeño lago invertido. Las casas, sedientas, escalan los cerros arrastrándose hacia él. Por él vagan, tortugas aladas, hilera interminable de hormigas celestes, las carretillas del funicular.

Y los cíclopes siguen siendo, ya de día, un poco de noche rezagada.

Mujeres rubias, producto taumatúrgico del oro —que están ahí por el oro que llegaron a buscar sus maridos o sus padres— miran nostálgicas la única brecha al norte, y se tiran a los tranvías de cola de pavo como una paletada de mineral a la vagoneta de la mina.

Los literatos locales sollozan: —¡Ay, cómo ahoga este ambiente, ay!, y esos señores de bigote que abundan en las provincias hacen de la plaza municipal la vitrina de un expendio de postizos. Enfrente está la loba del bar. Son

demasiados gemelos. El mozo se viste apresurado su traje más desastroso; aumenta artificialmente su mugre; se ata al cuello una chalina casi romántica: hace versos, cocteles y chistes, malos, fulminantes y desagradables, respectivamente. Habla de medicina.

La medicina es la epidemia verdadera. Todos se contagian. Todos hablan, a las doce del día, de medicina, porque algún viajero macilento no llega a buscar oro, sino salud, a un pueblo vecino. Se le admira abiertamente. ¿Tanto oro tiene, o tan poca salud, que ha venido a eso tan sólo? Llegan estudiantes, mineros, empleados. A los dos minutos están hablando ya de medicina.

—Yo —dice un pobre— una vez tuve un resfriado.

Le interrumpen miradas frías de desprecio; parece indigna del minuto esa casi enfermedad insignificante. El pobre calla, lamentando la ausencia en su historia de una de nombre y terapéutica complicados.

20, *la víctima*

A todo esto el cielo es espeso. La tierra se fuma una chimenea más. Olvidaba el júbilo de las muchachas con gorras de colegiala. Olvidaba a los aguadores, balanzas ambulantes de fiel un poco encorvado por la inútil tarea de tasar en agua el peso del agua, demostración patética de que la vida es dura, amarga y pesa.

No hay ninguna ciudad más agria. Si yo conociera un paisaje más austero, más aún del cubismo, me habría ido allá a pensar mi novela. Vislumbro que el terror, un terror ancestral, natural, ya fisiológico, es el complejo sumergido decisivo en sus habitantes.

Los cíclopes son los culpables. Son unos hombres fuertes, alegres, y violentos. Vienen del Real. Bajan del monte a beberse los licores de los de Pachuca, y cargan de paso con sus mujeres. Aunque no se recuerda un rapto de las sabinas violento, con violencia histórica, es indudable que se consuma todos los días, de

una manera legal e hipócrita, bien adaptado a la época y al ambiente.

66 Si los de Pachuca no han desaparecido la explicación es fácil: yo tenía un amigo con tal aspecto de víctima, que era de tal manera el tipo de víctima, que todos los que nos acercábamos a él dudábamos un instante si alguna vez lo habríamos ofendido; nos parecía seguro que en alguna ocasión lo habríamos hecho, y, por escrúpulos, nos acercábamos a él ofreciéndole nuestra mejor sonrisa como un presente de desagravio; así, en realidad, no fue nunca víctima de nadie. Todos los del Real tienen en Pachuca un amigo así.

Pero ahora caigo en la pedantería de esta página que acabo de escribir. En realidad no me interesa el unanimismo como actividad mía. Lo único que deseo es dibujar al muñeco Ernesto y a dos muchachas lo mismo de falsas que él, y confieso trampa el haberme detenido en ese fondo algo barroco, pero que me era indispensable para justificar algunas cosas. Lo patético sería

—ved que sí lo comprendo— el choque de la curiosidad de las dos muchachas —azuzada por los ojos borrascosos de Ernesto— con el miedo atmosférico de Pachuca. Pero tampoco es eso lo que quiero. Estoy a punto de reconocer que todo lo escrito hasta aquí puede ser pasado por alto.

67

21, Rosa Amalia

Todos estos días de convalecencia, Elena, a su lado, ha sido el espacio y el tiempo. El tío Enrique —no le guarda rencor alguno, pero nunca se resignará a pensar en él como esposo de Elena— viene del Real todos los sábados, y día a día se informa por teléfono de su salud. Esta tarde ya pudo hablarle él mismo, y su voz, adelgazada por la distancia, era fina como voz de mujer. Ernesto, en esa a manera de oscuridad de la ausencia, lo sentía cerca, como si estuvieran en una alcoba nocturna, muy juntos, y tuvo que hacer un esfuerzo, dominándose, para no susurrarle palabras enternecidas.

Rosa Amalia es diferente; siempre lo deja vacío de comentarios, pues la adivina falsa, pérfida y muy hábil. En realidad seres así sólo interesan a los novelistas. Siempre la ha creído muy lejos de la bondad. Los otros no lo entienden y la aman sin correspondencia. Él sí, desde cuando ella iba al colegio.

Tiene los ojos verdes, la tez muy blanca y la boca colorada. Y, como su nariz es aquilina, los días de reparto de premios la vestían de china poblana. Apisonaba, en el patrio lagar del jara-be, un picante vinillo de entusiasmo que marea-ba a la concurrencia y le mojaba de rojo los pies. Y se la hubiera creído ingrávida a no ser por los vecinos desvelados, que repetían máximas agraristas asegurando que el suelo era de todos. Entusiasmaba sobre todo al final, cuando, inexper-ta Salomé, ofrecía en la diana su propia cabeza en la charola invertida del jarano.

Rosa Amalia tenía conciencia de las respon-sabilidades que se contraen llamándose de una

manera tan romántica, y como la fuga vertical, en forma de llama, del misticismo, no la atraía, se dedicaba a inmoralizar a los que la rodeaban. Ernesto se cree en condiciones de afirmar que ella tenía el diablo en el cuerpo; era simpática a todos, feliz y felina. Tenía cosas de hombre: le gustaba pensar y su pensamiento era ágil, pro-penso a la ironía: y no creía que el amor fuese un fin. Nadie en su casa, nadie en la escuela com-prendía lo peligroso, lo demoledor de un carác-ter así en una sociedad constituida a base de un mutuo respeto, en los sexos, de la jurisdicción del contrario.

Ernesto la cree incapaz de piedad. ¿A qué vie-ne, entonces, esa asidua presencia ante la cabece-ra del enfermo? O para espiarlos o para compe-tir con Elena. Ésta sí, ésta sí merecería la mano de Ernesto en el fuego. Pero Rosa Amalia... Ha llegado a molestarle su insistencia melosa, que comprende él hipócrita. Discurre con demasia-da lógica, es incapaz de emoción. Sería un amigo

falso y adorable, al que en el fondo odiaría para no dejarse influir por él. Elena, a la recámara del enfermo, iba a interrogar y a coser; Rosa Amalia a responder suficiente y a leer cuando él, para librarse de su inteligencia, fingía quedarse dormido.

Se siente defraudado; no siente emoción alguna al encontrarse de nuevo en las calles de su ciudad; luego que Pachuca defrauda siempre un poco a los habitantes; tienen siempre dos horas menos de sol que los de otras partes.

Pero al menos, ahora que ya puede salir, le será más fácil esquivarla. Se está mejor vertical, después de todo. Si estuviera en Tepic, en Cuernavaca, en Uruapan, este jardín sería hermoso; aquí las flores son muy de metal, y eso cuando las hay, no ahora.

¿Cómo sería este amor de Elena y el tío Enrique? Imagina la novela con facilidad, pero recuerda que ya la escribió el señor Pérez de Ayala. Tigre Juan, tío Enrique: el mismo número

de sílabas fonéticas ¿el mismo significado? Pero Colás... Eduardo... no, no resulta. Será porque aquél era la aventura con la nobleza, raza de santos vagabundos, de reyes gitanos. Y Ernesto si dejó el pueblo, si dejó a Elena sin una palabra de disculpa, fue por los vicios de la tierra, que tenían tan linda voz.

Era literatura su noviazgo. Lo prueba que luego, muchos años luego, cuando le fue a alcanzar quién sabe adónde la noticia de esta boda increíble, sólo le ocurrió la fuga goethiana de escribir un desahogo enrevesado. Lo recuerda puntualmente, se llamaba...

22, elegía en espiral

LA CURIOSIDAD. Ésta de ahora era una muchacha, yo pretendo, buena. Sus virtudes eran numerosas, pero menuditas, como vistas con gemelos invertidos. En cambio, para sus vicios —sólo dos o tres— la posición del anteojo se conservaba correcta.

Otras cosas tenía que no se pueden, propiamente, calificar de cualidades ni de defectos; ved, si no, su curiosidad. Ahora, muerta —bien que lo sé—, estará inclinada sobre mi hombro, desde el trasmundo, leyendo lo que de ella escribo a medida que voy escribiéndolo. Yo debería hacer el escarmiento popular de poner aquí una palabra dura, o simplemente irónica, que la castigase en su falta; pero no me ofende, y me halaga, su atención, y de ella voy a colgar el hilo de mi plática, que ya sé que me será auditorio propicio e innumerable. (Sí, innumerable: imaginad el coro de pequeñas virtudes como una asamblea escolar sin moscas, sin pajaritas de papel y sin demasiadas esperanzas en la hora del recreo.)

Y, voy a decirlo aunque no es cierto, se murió de curiosidad una mañanita tan clara, tan de cristal, que parecía haberse corrido el velo de todos los misterios del mundo, y ya sólo quedaba el de la muerte.

LA VENTANA. Quedará al siempre la sospecha de que ella no, sino el de afuera, la reja interpuesta, era el preso. Se podía hablar de las macetas y de la luna, pero no era necesario.

Al pasar, cada quince minutos, el sereno, se cambiaba de conversación y de postura, y por un momento el silencio vehemente derretía el hierro de la reja. Tampoco entonces tenía alas el amor, pero trepaba al cielo, muy ágilmente, por aquella escalera.

Era por mil ochocientos ochenta y aún no descifraba James Joyce sus monólogos en espiral, pero ya se podía atar las cláusulas del discurso con el lazo sencillo de una consonancia, de un gesto, de un recuerdo.

EL DISCURSO. Esta mañana llegó Rosa Amalia. Traía una mariposa en las trenzas. Ya debe ser la primavera. Ahora te estás borrando, mira, pálido, y ya no es verdad que mis dientes alumbran. ¿Cómo sería, cuán negra, la boca del lobo? El

abuelo no cree en los duendes, pero la criada oyó una noche a la llorona. No somos, mira, más que dos terrores jóvenes. ¿De qué estará hecho el temblor? Parecemos cosas de música tañidas por el susto y por el cariño y por ahí llega el sereno, suéltame los ojos.

EL SERENO. Avanzaba, dentro de su globo de luz, él, tan tenebroso. Era el planeta que en menos tiempo —quince minutos— recorría su órbita, la única cuadra. Pero cada vez era otra vez lo imprevisto y el suéltame los labios.

¿De dónde sacaría todas aquellas mantas? Preparaba un truco de circo, despojarse una a una de diez americanas, veinte chalecos, treinta camisas. Era aún el invierno, porque sí, y aunque no era preciso.

¿Quién podía intentar robarle sus veredas? Y sin embargo él tarareaba que primero la vida que la querencia, arrullándose, porque ya llevaba consigo su cuna de luz. Aquel farol. Era un

sereno jovial. Sus horribles cigarros. Su honra-
dez. Ya vivíamos en pleno teatro español, pero
¿a qué venía salirnos con Ciutti?

INTERIOR. Un cuarto de minuto, cada quince, el
de afuera leía un renglón de aquella sala. Cosa
inocente tan prohibida.

El día, un parpadeo, tenía su alba en el espejo. Un espejo que soñaba retratar a san Jorge, mordido infinitamente por el dragón dorado del marco. Aplacaría su sed en el estanque, y el que cayera al agua sería devorado. Rompían a cantar los pájaros en el bosque del tapiz y, en el rincón más alejado, sobre el piano que jubaga al dominó, no se sabía si Chopin lúgubre acechaba, santo medieval, al Dragón, o era él mismo otro dragón al acecho de almas sentimentales. Con qué exquisita corrección se sentaban las sillas del estrado.

A esta cárcel daba otra cárcel, y a su ventanuco se asomaba esta misma muchacha, más

inmóvil, más borrosa, más enamorada ¿de qué, de qué? en su silencio.

76 EL RETRATO. Se podía hacer, sin preferencias, el de la ventana a la calle o el de la ventana a la sala. El primero era más fácil, cuadriculado por la reja. Como de tus diosas, Homero, era la sangre translúcida, insípida y aérea que corría bajo el rostro cristalino. Sangre sólo de aroma de sangre. Como el mármol en la de Milo, la carne estaba en ella, pero no ella en la carne, ni Venus en el mármol.

Los cabellos rojos, aguacero contra el crepúsculo, sobre el busto. Lo inmenso eran el mar, la estepa y su frente. Por ella, remeros de las cejas, bogaban los ojos, lindos remeros de las cejas. Que alzara el dedo la más linda, nariz, patinadora arrepentida, refrenada a tiempo de no mancharse, la cándida, en el fino labio rosado. Para más detalles, consúltese cualquier madrigal de la época.

LA TRAGEDIA. Sabía preguntar y callaba después maravillosamente. Pero como la hora no alcanzaba para todo, empezó a entregar al de afuera estanques lilas perfumados llenos de cisnes inquisitivos.

Su interés era enciclopédico: ¿Qué era la filosofía? ¿Para qué servían la Esfinge y el Coloso de Rodas? ¿Quién era el arzobispo de Constantinopla que pretendía dejar de serlo? ¿Qué era más, novio o esposo? y ¿qué era el temblor?

Inventario, me prometía, de las cosas que ignoro. Pero estaba sumamente alta para hacer diccionarios con éxito. Cuando iba en la B se casó, y no con el de afuera, sino con otro que llegó por adentro, como Dios manda.

PARÉNTESIS DECLAMATORIO. Esta muchacha, caballeros, me parece que tenía un nombre, pero lo he olvidado. También tenía historia, pues era honrada, pero curiosa. Ya comprendéis lo que puede pasarle a una muchacha curiosa, en la os-

curidad, en un balcón, junto a un hombre poseído de ardiente celo pedagógico.

78 Para decirlo se necesita una estilográfica muy aguzada y una atmósfera enrarecida. Vámonos a recordarla desde una estrella. Por el camino os contaré *El impertinente*, novela jamás concluida de G. Owen. Es ingenuo y feliz. Come con propiedad, pureza y elegancia. Ya lo veréis académico en 1990. Pero, en castigo a este paréntesis, propongo que coloquen un espejo en su ataúd, para que vaya viendo cómo se resuelve en cenizas.

LA ELEGÍA. La dejaré plantada, ahora, porque estuve pensando ir a verla. Como se casó y ya se ha muerto, ella es, y el de afuera no, la libre, ¡oh dichosa!

Le disgustará una metáfora, mi mil ochocientos ochenta. Hoy, al escribirlo, tiembla sobre mi hombro su voz delgada protestando: —Pero entonces aún no nacíamos... no nacíamos...

íamos... ossss. ¡Ah, sí, el temblor está hecho de ecos, o viceversa! Olvídate.

23, *la nube*

79 Falsa, esta elegía. Ha oscurecido ya. Regresará. Elena estará inquieta. Le reñirá por haber estado bajo el sereno, en este pobre jardín sin recuerdos siquiera, absolutamente desierto. Se inclina sobre la fuente como sobre una ventana abierta al cielo de los antípodas; Ernesto, el chino, mira también desde el otro lado al Ernesto y al cielo occidentales: no puede sostener su mirada llena de siglos y de opio. La desvía poco a poco, y se distrae. Un pez se acerca, muerde el anzuelo de una estrella; no tiene ánimos para tirar de él, y se le escapa, con anzuelo y todo. Un día lo abrirán, como en los cuentos, los pescadores, y sacarán de su vientre un diamante enorme. Siente, superior a su voluntad, superior a todo, la manía de hacer discursos, que le gana siempre que tiene miedo de pensar en algo. Fuente, principia,

pupila desvelada, ya te cansarás un día de ver el cielo, fidelísima; ni siquiera eres el cielo, ni siquiera estás lejos. Se detiene; su auditorio eran las plantas, pero lo ha aumentado el sereno; es tan parecido a una estatua hecha tan sólo para sostener el farol, le parece tan electrizado, que tiembla y se calla: si le aplaudiera se produciría un corto circuito.

Vuelve a la casa, pensando ahora sí ya en su plan. Al abrir el zaguán oye los pasos de alguien; no puede ser sino Elena; Rosa Amalia estará de visita, hablando de cosas que no cree. Las criadas no andan tan agudo. Está pálido, lo siente. Si Elena encendiera la luz ahora, podría leer desde luego, en su rostro, el pensamiento infame que le va ganando, creciente, creciente. Él mismo, ante un espejo, gritaría: ¡al ladrón! Ladrón, ladrón, ladrón. No, ángel Ernesto, esa muchacha era mía, el ladrón ha sido el tío Enrique, no me detengas, ángel Ernesto, suéltame. Si Elena enciende la luz, él no

podrá decidirse nunca. Mejor salir a su encuentro, en el corredor, que debe de estar aún más oscuro.

Pasa una sombra. ¿Será ella? Pero siente su talle muy delgado, como de virgen. ¿Será que el tío Enrique no la ha...? Ese beso, tan torpe, debió dárselo entre los dientes. Es natural, en la mano, no haber encontrado resistencia alguna. Eso no es ningún triunfo. Ahora, la puñalada debe ser rápida, sin vacilaciones.

—Te quiero hablar, ve al cuarto de estudio a la media noche, ¿quieres?

Ella no responde, pero la mano en su mano, apretándose, dice muy claro que sí. Le extraña no sentir ninguna emoción. Comprende que es el final, minuto en que agonizan los tenores de todas las óperas, y en la pantalla empiezan a ganar los buenos.

Se diría que siente un desencanto anticipado. Se suelta de ella con violencia, con un beso afilado, y comprende que se le ha desgarrado algo muy sutil. Sube a su cuarto, corriendo casi. Se

encierra con llave. Iba a llorar, pero en el corredor suenan las voces de Elena y Rosa Amalia, entrelazadas, como las líneas gruesas y las delgadas en una inicial renacentista.

24, el cuarto de estudio

Piensa si habrá hecho mal en escoger este cuarto; ¿qué escrúpulo de disfrazar de decencia su infamia lo hizo elegirlo? ¡Bah, infamia! Parece que no has leído novelas francesas, Ernesto. Pero a ella quizá se le dificulte venir. Aún así, la espera no se le haría demasiado ingrata, en este cuarto, con las cosas que le acompañaron en todos sus viajes, con las cosas del estudio de México, y con las anteriores a su salida de esta casa, hace mil años. Elena. Debe de haber sido la que las hizo traer, tan ocupado el tío Enrique, incapaz Rosa Amalia de esta delicadeza, de esta ternura. Están, todas, todas.

El calor: al ruido, el silencio: al frío. Sí, sale. El día, el calor, el ruido, necesitan de director de

orquesta, de policía; el sol necesita estar enjaulado, dando vueltas como un león, de un trópico al otro, incansablemente, dentro de su jaula de meridianos y paralelos. El silencio, el frío, están bien como están. Adorables. Morir. Aquí sería muy grato.

Cada arista de cada mueble, de cada juguete, tiene para él un ademán hospitalario, acogedor. Parece que en todos se hubieran escrito estas palabras inútiles, tan bellas, “pase usted”, “está usted en su casa”, “haga aquí lo que guste”. Cada cosa va adquiriendo, a sus ojos, día a día, mayores cualidades de humanidad. Va descubriéndoles nuevos gestos, pasiones más o menos vituperables, pero que él se explica y disculpa. Va aprendiendo a verlas desnudas, con desnudez perfecta de trajes ni siquiera de aire, de cosas dentro de campana neumática. Y siente que él es, en este cuarto, rodeado de sus cosas, un feliz y complaciente Rey Paussole. Mañana plantará aquí un cerezo; colgará de él cerezas cristaliza-

das: al natural no le dan un carácter tan benevolente. Administrará, bajo él, justicia: lo que dirá el papel contra las tijeras de largas mandíbulas de cocodrilo y ojos de gacela, pico de cigüeña que en las cotidianas navidades de sus lecturas no le aporta hijos, sino recortes de prensa, hijos muertos de los otros. —Ese remordimiento de infanticidio que persigue a los escritores que publican demasiado—. Ese *bock* va a protestar porque se le destina a contener pinceles; acaso le disgusta ese aspecto de erizo, de alfiletero, que se le ha dado en cambio del femenino de antes, desbordada la cabellera de algodón, espuma de la cerveza.

Cualidades femeninas, verdaderamente, las de esa cortina de raso; curvas armónicas, suavidad voluptuosa. Curvas de mujer vertical, inmóvil, retratada contra el pobre paisaje urbano y enmarcada en la ventana. Una mujer se tiró una vez, desnuda, sobre ese diván; era algo tan extraño, tan sin concordancia con lo otro, su carne morena. La hostilidad, entonces, de los

cojines, de las cortinas, de todo lo femenino de la pieza, celoso. La corrió casi, por miedo a una insurrección doméstica. ¡Qué lástima si ese cojín hubiera perdido de rabia los colores de sus mejillas, si se hubiera puesto amarillo de bilis!

Andar descalzo, como Cristo, y sin mojarse los pies, por el lago azul de la alfombra; irse a sentar, incómodamente, en su salita japonesa, que no es una sala, sino un rincón de la pieza —aquel día que compró un álbum de dibujos y estampas obscenos, japoneses, y para mirarlos largamente trajo esta mesita enana, frente a la que se sienta a la manera oriental, en cuclillas sobre unos cojines, y que constituye, ella sola, toda su sala japonesa.

Se ve, de pronto, en el espejo frontero. Su vanidad: casi se creía ser más él mismo en su autorretrato, a un lado, que en el espejo. No, habrá que empezar de nuevo. Torcer un poco el ángulo de la boca, hacer oblicuos los ojos azules, como los que miraba esta tarde en la fuente, como los de un chino que fuese rubio.

25, *la mano de Júpiter*

86

Sí, vendrá. Antes, en el cuarto de México, sólo tenía que recordar, para saber si alguien asistiría a sus citas, su categoría social. En efecto, sólo distinguía una división racional de los hombres; dos castas: los que encuentran placer en divertirse y los que se divierten por la necesidad de ocupar en algo el tiempo; éstos, cualquiera que sea su sexo, son puntuales a todos los reclamos de la aventura. Cierra los ojos, para convencerse de que está solo y vacío; necesita estar solo y vacío para convencerse de que es él mismo. Hay una larga pausa en su pensamiento. Está seguro de no pensar en nada, como no sea en lo difícil de no pensar en nada.

El roce de un traje de seda que se acerca es, en el silencio, catastrófico. Cómo agranda los ruidos, inmensamente, la soledad. Ese himno ensordecedor la precede. También su mirada, que entra un poco antes que ella. Su mirada opaca, borrosa, y sin embargo pletórica de cosas ínti-

mas, como esas ventanas que empaña el vaho de demasiada gente detrás de ellas. Ya está por entrar. ¿Dónde será mejor besarla? En la mano, para que comprenda que Ernesto ha estado en París.

87

Empieza a suceder algo extraordinario. Le asalta la duda de si estará soñando y es así como se convence de que está bien despierto, pues ha observado que esta idea sólo nos visita durante la vigilia. No es Elena.

—¿Soy puntual? —empieza Rosa Amalia—. Eres vanidoso, encuentras natural que haya yo venido, y tu obligación era encontrarlo pasmoso. Si supieras todo lo que he tenido que vencerme para venir aquí.

...Quisiera interrumpirla. Sí lo encuentra pasmoso, pero ya es costumbre en él sonreír y guardar silencio cuando no entiende algo. Da así la idea de haberlo comprendido todo, de encontrarlo todo natural. Quisiera protestar. Ella sigue hablando. Es hermosa con ese traje, mu-

cho más hermosa que Elena. ¿Qué hace aquí? ¿Sería ella la del corredor? Se parece un poco, también, a Ofelia.

88 Qué rígida atención continuada, qué empeñado amor a la armonía, a la simetría casi, la que puso Dios al crearla; se comprende que nada le distraía al trazar con la uña esta línea recta absoluta, inconcebible. Sólo así podría lograr esta consonancia de sus gestos con sus intenciones, esta obediencia de todos sus músculos, que responden a su voluntad como las piezas de una máquina incapaz de lo absurdo. Y detrás de todo la malicia, la falsedad, lo felino. Cree tener resuelto el problema Rosa Amalia. Sólo que el comprender que es una mujer normal le hace admirarla extraordinaria, y se propone no fijarse sino en lo felino, en lo eléctrico, lo que desentona en ella un poco. No, no se parece a Ofelia, ni a Elena, ni a Eva, ni a la otra Eva. Y sigue hablando.

Nada, no es posible decirle nada. Siente deseos de rebelarse, de gritarle que el lenguaje es

de todos, que los monopolios están penados por la ley, que...

Pero Rosa Amalia ha vuelto a él sus ojos tan lentamente, tan suavemente, como si en el alambre de la mirada llevara pájaros posados y temiera espantarlos.

Esta mirada él no se la conocía; la habría improvisado, probablemente, para desmentirlo en lo de la electricidad. Le parecía tan inquieta que hasta cuando estaba acostada la sentía caminar, como si todos los lechos se convirtieran, al tocarlos su cuerpo eléctrico, en asientos de automóvil o divanes de *pullman* en movimiento.

26, *Ixión en el Tártaro*

Ahora, si se atreviera a decirle que no es ella a quien esperaba... No, muy endurecido en el mal estará él, pero no tanto que para salvarse tuviera que herir a Rosa Amalia, comprometiendo a Elena de paso. Tendrá que aceptar las consecuencias. Su rueda de Ixión será el matrimonio.

Se siente, de pronto, muy feliz y muy desdichado. Lo bastante feliz para besarla sin deseo, para tirarse por el balcón sin motivos. Lo suficiente desdichado para, suspicaz consigo mismo, buscarles explicación a sus gestos —sí, besarla para que se sienta humillada, sí, tirarse por la ventana para comprometerla. Y después del leve sacrificio de su libertad —ya lo ha hecho, por ti sola, Elena—, le entra una rabia de altruísmo, de sacrificio; le duelen las cosas más imprevistas; siente ahora como enfermedad propia la hidropesía del mar, condenado a beberse sin término todos los ríos de la tierra. Muy feliz y muy desdichado.

Se consuela. Así es todo lo definitivo, vestido de blanco y negro, el tiempo con la pechera del día y el frac de la noche, el espacio con su traje de rayas de telescopios y microscopios, la poesía, con Dante desvelado y Homero lleno de sol.

Rosa Amalia está hablando todavía. ¿Qué habrá dicho? Su voz tiene ahora un ruido apa-

gado de agua corriente subterránea. Ya no podrá recordarle la estampa romántica: sobre el talle del surtidor, su elocuencia, ha florecido la luna. No, ahora los cenotes, Yucatán, los divorcios fáciles. Este cansancio... Sigue hablando:

—... y te quería de siempre, Ernesto, y no me importaba que tú no lo supieras. Elena dice que lo de ella y tú eran cosas de niños, pero yo era más niña aún y sin embargo sentía deseos de matarla. Por eso ahora que te trajo el tío, que Elena ya no te amaba, que los de México ya no te retenían consigo, que esa historia que no quiero saber te hace encontrar grato el venir a enterrarte entre nosotros, sentí que te podría yo ganar, Ernesto, y me has hecho hoy muy feliz, muy feliz...

Ernesto se siente agobiado. Es como si la balanza que se suponía un momento antes, en la diestra la felicidad y la desdicha en la otra mano, acabara de desnivelársele de pronto, quedándose vacía la mano derecha. Qué dolor el idilio

en que uno solo es los dos amantes y el jardín y el pájaro. Y ser sólo el espectador es poco honrado. Ahora tiene Ernesto tanta pena que toda la vida no le bastaría para gastar su caudal de amargura. Tendrá que heredársela a un hijo, a un hijo de Rosa Amalia.

Y tampoco tiene tiempo ahora para hacerle los honores debidos al dolor; lo dejaría para más tarde, ya solo, en su salita japonesa. El mundo está poblado de desencantos, que es como decir que está vacío. Rosa Amalia acabará de hablar algún día, él lo presiente, y se desquitará haciéndole un epitafio mal intencionado. Su esposa. Su esposa.

Ha dejado ella de hablar. Sus miradas giran por la habitación, como las manecillas de un reloj, y se detienen en él, marcando la hora de besarla.

Su boca es tan pequeña que un beso completo la ahogaría, y resuelve partir su beso en pequeños trozos que va pasándole uno a uno, con

el meñique. ¡Qué besos agudos, punzantes, casi tan sólo un punto, los que se dan sin sonreír! Ofelia besaba así; luego, en sus cartas, indicaba ese punto, esos puntos de los besos, por la interferencia de dos líneas en cruz. Ahora sus cartas parecen un cementerio de besos.

Quisiera desasirse de ella para continuar su juego, para seguir siendo espectador también en lo que se va a seguir. Arrancarse la memoria para seguir una a una las impresiones del que no ha visto nunca, antes, desnudarse a una mujer. ¡Qué vergüenza creciente estar vestido! Como cuando uno cae a un río, a un tanque, gallardo si desnudo, si vestido ridículo.

Pausa, una gran pausa.

Es su esposa. ¡Ay, Elena inasible, haberte amado siempre en imagen! En Eva, Ofelia, la otra Eva, y todas, todas. ¡Júpiter vengativo, habitante del Real, seré el esposo de Rosa Amalia, de esta nube! Ixión en el Tártaro, el matrimonio, el matrimonio.

Se serena un poco. Es un consuelo pensar en que nada se nos da, no conocemos nada en efecto. De las cosas sabemos alguno o algunos de sus aspectos, los más falsos casi siempre. Las mujeres, sobre todo, nunca se nos entregan, nunca nos dan más que una nube con su figura...

Marzo-abril de 1926, en el Chico

Novela como nube, de Gilberto Owen, se terminó de editar el 20 de abril de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.



